

CHARLEY BRINDLEY

El Último Asiento en el Hindenburg



Charley Brindley
El Último Asiento
En El Hindenburg

Аннотация

Un número de teléfono mal marcado lleva a Donovan a la puerta de Sandia. Él pensaba que debía enseñarle Braille a una persona ciega, mientras que ella pensaba que él era un abogado de caos de discapacidad. Cuando Donovan se entera de las terribles circunstancias de Sandia y su abuelo, la lección de Braille se olvida y se embarca en una misión para ayudar a Sandia a resolver los diversos dilemas que amenazan con abrumarla.

El Último Asiento en el Hindenburg

Por

Charley Brindley

charleybrindley@yahoo.com

www.charleybrindley.com

Traducido por

Enrique Laurentin

Arte de portadaycontra portada

© 2019 por Charley Brindley - Todos los derechos reservados

© 2019 por Charley Brindley

Todos los derechos reservados

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera Edición Marzo 2019

Este libro está dedicado a

Rhett House

Otros libros de Charley Brindley

1. El pozo de Oxana
2. La última misión de la Séptima Caballería
3. Raji Libro Uno: Octavia Pompeya
4. Raji Libro Dos: La Academia
5. Libro tres de Raji: Dire Kawa
6. Libro cuatro de Raji: La casa del viento occidental
7. La niña elefante de Hannibal, libro uno
8. La niña elefante de Hannibal, libro dos
9. Cian

10. Ariion XXIII
11. Libélula vs Monarca: Libro uno
12. Libélula vs Monarca: Libro uno
13. El Mar de la tranquilidad 2.0 Libro uno
14. El Mar de la Tranquilidad 2.0 Libro Dos
15. El Mar de la tranquilidad 2.0 Libro tres
16. El Mar de la tranquilidad 2.0 Libro cuatro
17. La Vara de Dios, libro uno
18. Mar de Pesares, libro dos de La Vara de Dios
19. No Resucitar
20. Enrique IX
21. Incubadora de Qubit

Próximamente

22. Libélula vs Monarca: Libro Tres
23. El viaje a Valdacia
24. Aguas Quietas Corren Profundo
25. Sra. Maquiavelo
26. Ariion XXIX
27. La última misión del Séptimo Caballería Libro 2

Consulte el final de este libro para obtener detalles sobre los demás.

Contenidos

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidos

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiseis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y uno

Capítulo Treinta y Dos

Capítulo Treinta y Tres

Capítulo Treinta y Cuatro

Capítulo Treinta y Cinco

Capítulo Treinta y Seis

Capítulo Treinta y Siete

Capítulo Treinta y Ocho

Capítulo Treinta y Nueve

Capítulo Cuarenta

Capítulo Cuarenta y Uno

Capítulo Cuarenta y Dos

Capítulo Uno

Periodo de tiempo: hoy en día, en un pequeño país de Asia Central

Ella rodó de su litera y miró hacia la puerta, sintiendo el cemento helado debajo de sus pies descalzos.

"Cinco... cuatro..." susurró, "tres... dos... uno".

La puerta se abrió y ella salió. "Buenos días, Lurch".

El guardia gruñó.

Eso fue todo lo que ella recibió de él. Ella no sabía su nombre, pero pensó que se parecía a "Lurch" de la familia Addams; alto, corpulento, cabeza cuadrada, cuencas de ojos sombreadas.

Cuando la pesada puerta se cerró de golpe, Lurch se dirigió hacia las escaleras. Ella lo siguió unos pasos detrás.

El guardia llevaba un antiguo uniforme de granadero azul y rojo. Con los puños deshilachados y el cuello hecho jirones, necesitaba un buen lavado y un poco de reparación.

En el hueco de la escalera, descendieron tres tramos y salieron al patio de ejercicios. Estaba desierta, como siempre, durante su turno a las 10 a.m. Por qué estaba vacía de otros reclusos, ella no lo sabía. ¿Era por su seguridad... o la de ellos?

La cerradura hizo clic detrás de ella, luego cerró los ojos, levantó la cara e inhaló profundamente, como si respirara la cálida luz del sol. Después de veintitrés horas encerrada en su miserable celda, se sintió como el primer aliento de la primavera.

Después de un momento tranquilo, ella abrió los ojos. Una estela se extendió por encima como una marca de tiza perfecta en el cielo azul.

Un avión volando tan alto que ni siquiera puedo escuchar los motores a reacción. Lleno de borrachos felices, yendo a una playa exótica. Cientos de personas sin cuidado. Tan alto que no podían ver esta horrible jaula de roca y acero, y mucho menos una mota de mujer atrapada dentro.

Ella suspiró, giró a la derecha y caminó rápidamente por el costado del edificio. Cuando llegó a una pared, se fue a su izquierda y caminó unos metros. Allí, se arrodilló para recoger una piedra de su lugar de descanso en la base de la pared. Era una roca de río del tamaño de una manada de camellos. Lisa y redondeada, con una pequeña sección lateral descascarada en un borde. Escondiéndola en su mano, continuó hacia la pared exterior, elevándose cuatro metros por encima de su cabeza. Se detuvo y miró catorce pies hacia el alambre de púas en espiral en la parte superior. Estaba colgado sobre una doble hilera de vidrios rotos: restos verdes y marrones de las botellas de vino reventadas por los trabajadores evadidos. Incrustadas en el montículo de mortero, los fragmentos irregulares captaban la luz del sol de la mañana y la cortaron en mil diamantes congelados.

Incluso si tuviera una forma de escalar la pared, sería imposible pasar por el alambre de púas y los cristales rotos. Con un par de cortadores de alambre de alta resistencia, ella podría cortar el cable y usar los cortadores de alambre para rastrillar los

vidrios rotos. Pero pequeñas puntas de vidrio aún sobresaldrían del mortero. Tal vez una manta gruesa para extenderla sobre el cristal... pero ella tampoco tenía eso. Incluso si ella se subía a la pared, ¿entonces qué? Una caída de catorce pies en el otro lado, tal vez más. Quizás mucho más. Ella sabía que el lugar estaba construido en la ladera de una montaña, porque los picos nevados se alzaban detrás de la estructura de granito gris. Un acantilado podría incluso estar debajo de la pared.

Ella caminó hacia adelante, luego miró hacia la pared. Se quedó mirando la fila de Xs por un momento. Usando el borde de su piedra, rascó un trazo de una nueva X al final de la línea. Ella sabía que él completaría la X cuando saliera por la tarde.

Había decidido hace mucho tiempo que si dos X seguidas estaban incompletas y la chispa desaparecía de su ventana, acabaría con su vida.

Sería bastante fácil. Parar de comer. Tirar la comida por el inodoro. Los carceleros nunca lo sabrían hasta que fuera demasiado tarde para salvarla del hambre.

O podría atacar a Lurch en el momento del ejercicio, obligándolo a abrir fuego. Un final rápido podría ser preferible a diez días para morir de hambre.

Si intentaba morir de hambre, podrían llevar su cuerpo inconsciente a la enfermería y revivirla con alimentación intravenosa. No. Mejor dejar que Lurch la cortara con su Kalashnikov.

Ella contó las X; diecinueve. La fila de arriba tenía veinte, y

la de arriba de esa. Dio un paso atrás y miró las filas y filas de Xs. Las X en la sección izquierda de la pared habían comenzado a desvanecerse.

Tres mil setecientos diecinueve Xs. Una por cada día de su cautiverio.

Se enfrentó al edificio. Al levantar la vista, vio el tercer piso; su piso Luego más lejos al sexto piso; su piso Contó ventanas enrejadas a la derecha... siete... ocho... nueve. Allí. Su ventana. Ella miraba atentamente. Entonces lo vio: un destello rápido de luz. Cómo lo hizo, ella no lo sabía, pero incluso en días nublados, él le dio esta sutil señal. No era mucho, solo una chispa corta, pero toda su existencia se centraba en este momento, esta fracción de segundo de los miles cada día que le decía a la vez que todavía estaba vivo, que la amaba y que de alguna manera aguantarían Esta prueba juntos.

Levantó la piedra hacia sus labios, manteniendo los ojos en la ventana, sabiendo que él estaba mirando, tal como ella lo miraba por la tarde cuando realizaba el mismo ritual.

No se atrevió a hacer otra señal que tocar la piedra en sus labios, para que alguien la viera y supiera que se estaban comunicando.

Muchos otros prisioneros estaban allí. Cuántos, ella no sabía, pero sintió cientos de ojos sobre ella. Todos eran hombres, excepto uno. Al menos le gustaba pensar que otra mujer estaba en algún lugar de esta inmensa y terrible prisión conocida como Kauen Bogdanovka. Había algo inquietante en ser una mujer sola

con cientos de hombres, incluso aislada.

Solo ella y su esposo usaban este patio en particular. Dos patios más grandes estaban a izquierda y derecha, donde los otros prisioneros eran enviados en grupos. No podía verlos, pero escuchaba sus gritos mientras jugaban deportes o peleaban entre ellos.

Por qué estaban aislados, ella no lo sabía. Quizás eran demasiado valiosos para exponerlos a la violencia de los otros prisioneros. Ciertamente no se sentía valiosa.

Las celdas estaban empotradas y mantenidas en la oscuridad durante el día, por lo que no podía verlas desde el patio de ejercicios.

Mataría por una conversación de cinco minutos con una mujer, o con Lurch, para el caso, incluso si él no habla inglés, lo cual probablemente no habla. Tal vez su idioma es turco o ruso.

Caminó por la pared exterior hasta llegar al final. Girando a la izquierda, caminó hacia el edificio, donde giró a la izquierda y pasó por la puerta. A la izquierda de nuevo por unos pasos. Allí, volvió a colocar la piedra en su lugar de descanso.

Su camiseta gastada, con su imagen roja desteñida del Che Guevara, no tenía mangas, pero hizo un gesto de levantarse una manga real. Repitió el mismo gesto peculiar en su otro brazo, como si se estuviera preparando para ponerse a trabajar.

Dio un paso a medio paso a su izquierda, luego, siguiendo su camino anterior, caminó hacia adelante, medio paso dentro de su último trayecto. Todo el camino alrededor del patio de ejercicios

y de regreso a la piedra del río, esquivó, y continuó alrededor y alrededor del perímetro encogido hasta que llegó al centro exacto del patio. Allí se enfrentó a la puerta de metal gris, a seis metros de distancia. Después de una rápida mirada al sexto piso, marchó hacia la puerta. Como si fuera una señal, se abrió.

* * * * *

De vuelta en su celda, se paró cerca del pie de su litera, de espaldas a la pared. Miró fijamente la pared opuesta.

Le había tomado cuatro meses aprender el truco. Hace años, cuando tenía diecisiete años, había visto bailarines callejeros en la ciudad de Nueva York realizar la misma rutina, por lo que sabía que se podía hacer. Se requiere concentración, velocidad y fuerza en la parte inferior de las piernas. Las primeras veces que lo intentó, cayó con fuerza sobre el concreto, lastimándose los codos y los hombros.

Se concentró en las dos marcas de desgaste en la pared, luego se agachó y corrió hacia ellas. Ella saltó, aterrizando su pie izquierdo en la primera marca de desgaste, a dos pies y medio del piso. Usando su impulso, acercó su pie derecho a la segunda marca y se alejó. Se dio la vuelta en el aire, y con los brazos extendidos, aterrizó de pie, de cara a la pared donde las dos marcas de rasguños tenían la huella polvorienta de sus pies descalzos. Ella se inclinó e hizo una pirueta para su audiencia invisible.

Retrocediendo, se paró en la pared junto a su cama. Después de una respiración profunda, corrió hacia la pared opuesta

nuevamente.

Sabía que era un truco ridículo, pero era solo una de las muchas rutinas inútiles que realizaba todos los días. Tenía que llenar su tiempo con actividad, cualquier actividad; de lo contrario, el silencio y el aislamiento la volverían loca.

Después de tres escaladas más en la pared, cayó al suelo para realizar flexiones con una sola mano.

Este ejercicio también había tardado meses en perfeccionarlo. Cuando fueron encarcelados por primera vez, ella y su esposo habían estado en buena condición física; tenían que estar en su línea de trabajo.

Había podido hacer cuarenta flexiones estándar antes de ser encarcelados. Después de cuatro meses, había trabajado hasta setenta. Luego decidió hacerlas con una mano. Al principio no pudo hacer ni una, pero eventualmente pudo sostenerse en su mano derecha. Ahora, con una mano detrás de la espalda, podía realizar veinte flexiones con una sola mano en menos de cuarenta y cinco segundos.

Después de las flexiones, fue al fregadero para lavarse la cara. Había una cómoda al lado del lavabo y un espejo de metal pulido encima. El metal no proporcionaba un muy buen reflejo, pero fue suficiente para arreglar su cabello.

Se echó el pelo castaño sobre un hombro. Ella quería cortarlo correctamente, pero no le permitieron ningún objeto afilado. Sin embargo, ella había aprendido a quitarse el cabello frotando mechones contra las barras oxidadas de su ventana.

Mantuvo el cabello que había cortado de esta manera y trenzó los mechones irregulares en un largo mechón. Tal vez algún día ella enredaría la soga alrededor del cuello de Lurch y lo estrangularía.

Sonriendo, se secó la cara con la única toalla que tenía y la colgó en una clavija en la pared.

En la ventana, cruzó los brazos y contempló el cielo azul persa de otoño, donde un vuelo de ondulantes cúmulos flotaba sobre el viento del oeste.

Su ventana no tenía cristal; solo siete barras de acero oxidadas. En verano, la ventana permitía una ligera brisa, pero en invierno el viento frío del norte silbaba a través de los barrotes.

Durante los meses fríos, sus carceleros le proporcionaban dos mantas de lana áspera. Colgaba una sobre los barrotes para bloquear el viento y la nieve. Extendía el segundo sobre su delgada colcha de muselina.

Se dio la vuelta y dio un paso hacia el centro de su celda. Aminoró la respiración, se enfrentó a la puerta remachada y comenzó un ejercicio de tai chi a cámara lenta llamado "Pisoteando la cola del tigre".

Treinta minutos después, cayó en su litera y miró el techo manchado de agua, donde las grietas en zigzag serpenteaban a través de las sombras nubladas hacia las paredes. Ella figuraba árboles y montañas dentro de los remolinos al azar. Formas borrosas e imágenes fantasmales se transformaron en una figura infantil con una cara preocupada.

Los recuerdos se inundaron, abrumándola con oleadas de pesar.

Se dio la vuelta para mirar hacia la pared, apretó las rodillas contra sus senos y sollozó.

Capítulo Dos

Periodo de tiempo: hoy en día, Filadelfia, EE. UU.

Donovan llamó y esperó a que alguien abriera la puerta. Cambió su maletín a la otra mano y miró a la casa de al lado. Su madre lo habría llamado un bungalow. Su porche era casi idéntico al que estaba parado. Al otro lado de la calle había otra casa similar pero ligeramente diferente, donde una señora mayor, delgada con buena postura y cabello plateado, regaba sus begonias mientras se sombreaba los ojos para mirar a Donovan.

Construido en la década de 1930, todo este vecindario de Filadelfia consistía en pequeñas casas que se alineaban a ambos lados de las sinuosas calles donde los arcos de azúcar sombrean las aceras. Todas las casas, excepto esta, estaban limpias y ordenadas, con césped bien cuidado.

Levantó la vista hacia las alcantarillas en ruinas, sacudiendo la cabeza.

¿Cómo podía alguien dejar que las cosas se desmoronaran así?

La puerta se abrió con un chirrido y apareció una joven.

Donovan sintió como si hubiera sido golpeado por una suave brisa tropical que flotaba en el azul del Caribe.

El maquillaje y el peinado no hacían ninguna diferencia para una mujer como ella. Aunque no usaba maquillaje y su cabello castaño estaba recogido y asegurado con una banda de goma roja, en una escala que iba de lo atractivo a lo lindo, bonito, preciosos,

hermoso e impresionante, era al menos hermosa y media.

Ella miró desde su rostro a la tarjeta de identificación que colgaba de un cordón.

Realmente no necesitaba la identificación, pero la usaba para parecer oficial. El soporte de plástico transparente contenía su foto, con PRENSA en negritas encima. Debajo de su foto había algunas frases descriptivas en letra muy pequeña. Incluso tenía una tira de código de barras a lo largo del lado izquierdo. Se llamó a sí mismo periodista independiente, entre otras cosas. Un nuevo y brillante Canon estaba guardado en su maletín, por si acaso lo necesitaba.

Él la miró a los ojos por un momento. "Yo-yo soy..." Su voz, normalmente firme y segura de sí misma, vaciló y se quebró. Él comenzó de nuevo. "Soy D-Donovan".

La mujer miró su mano extendida y se hizo a un lado, indicándole que entrara.

Altivo, pensó. Esa actitud le valió el doble de mi tarifa habitual.

Él había tratado con su tipo antes, arrogante y engreída porque ella es una de las personas más hermosas.

Muy malo.

Dentro de la habitación delantera, miró a su alrededor los muebles espartanos.

La mujer, que tenía unos veinte años, estaba parada frente a él, con los brazos cruzados.

"¿Comenzamos?" preguntó.

Ella asintió y caminó hacia un pasillo, a su izquierda.

Él se encogió de hombros y la siguió.

Llegaron a una habitación con una puerta abierta. En el interior estaba sentado un anciano en un ala raída que parecía de la década de 1930, como la casa y el hombre mismo. Tenía unos pocos cabellos grises tenues que le cubrían las orejas, y sus ojos eran del color de los jeans gastados. Tirantes verdes pálidos sobre una camisa blanca de manga larga estaban sujetos a la cintura de sus pantalones caqui.

El viejo observó a Donovan caminar hacia un lado de la silla. "Soy Donovan". Le ofreció su mano.

El hombre miró la mano de Donovan, luego miró a la joven con una expresión burlona.

No me digas que él también está engreído. ¿Qué les pasa a estas personas?

Puso su maletín en el suelo.

Los ojos del hombre siguieron sus movimientos.

"No es ciego", dijo Donovan a la mujer.

Ella miró del anciano hacia él. "No es ciego".

"No eres ciego", dijo Donovan.

Ella parecía desconcertada. "No eres ciego".

"Está bien", dijo Donovan, "nadie está ciego".

"Nadie es ciego".

Siento que estoy hablando con un loro. Un intento más, luego me voy de este manicomio.

"Me llamaste", le dijo a la joven.

Ella asintió.

"Porque..."

Fue hacia un antiguo escritorio enrollable, recogió una pila de papeles y los trajo de vuelta. Se los tendió a Donovan.

Los tomó y miró al de arriba. Era una copia fotostática desvaída de un Cuerpo de Marines de los Estados Unidos DD-214, una baja militar. Tenía "William S. Martin" y su número de unidad militar. Donovan pasó a la página siguiente y escaneó. Un artículo llamó su atención, Fecha de nacimiento: 13 de agosto de 1925.

"¡Guau!" Donovan susurró. "Señor", leyó el nombre en la parte superior de la página, "Martin, ¿cuántos años tienes?"

El Sr. Martin enderezó sus delgados hombros y cruzó los brazos sobre su pecho. "William S. Martin, Cabo Primero, uno ocho cinco seis nueve cuatro ocho ocho".

"Esto dice que naciste el 13 de agosto de mil novecientos veinticinco. ¿Puede ser eso correcto?"

El viejo miró a Donovan por un momento. "William S. Martin, Cabo Primero, uno ocho cinco seis nueve cuatro ocho ocho".

"Sí", dijo Donovan, "nombre, rango y número de serie. Lo tengo. Si esta fecha de nacimiento es correcta, tienes noventa y tres años".

El Sr. Martin solo lo fulminó con la mirada.

Esta baja está fechada el primero de diciembre de mil novecientos cuarenta y cinco. ¿Así que sirvió en la Segunda Guerra Mundial?

"William S. Martin, Cabo Primero, uno ocho cinco seis nueve cuatro ocho ocho".

Donovan le habló a la mujer. "¿Por qué sigue dando su nombre, rango y número de serie?"

"Él me hace lo mismo. Incluso cuando le pregunto si tiene un poco de hambre, dice ese nombre por dos semanas o más. Nada más que decir."

Donovan estaba casi tan sorprendido por el discurso de la mujer como por el viejo que repetía la misma información una y otra vez. Hablaba mal inglés, pero no era como si su lengua materna fuera otro idioma, porque no tenía acento extranjero. Solo parecía que no sabía cómo organizar sus palabras correctamente.

Entonces, ella no es perfecta después de todo.

La joven alcanzó la pila de papeles, hojeó unas páginas, sacó una carta y la colocó encima de la pila.

Donovan leyó en voz alta:

Departamento de Asuntos de Veteranos

5000 Woodland Ave

Filadelfia, PA 19144

24 de marzo de 2014

Sr. William S. Martin

1267 Calle Bradley

Avondale PA 19311

Estimado señor Martin:

Hemos sido informados de su estado de fallecido con fecha del

4 de junio de 1988. Por medio de la presente, descontinuamos sus pagos de compensación por discapacidad vigentes en esta fecha y exigimos el reembolso de la compensación pasada desde el 5 de junio de 1988 hasta la fecha actual por un monto de \$ 745,108.54 a pagar al Departamento de Asuntos de Veteranos.

Si este monto no se paga de inmediato, retendremos de su compensación mensual por discapacidad por un monto de \$ 20,780.80 por mes hasta que se reembolse el monto total.

Sinceramente tuyo,

Sr. Andrew J. Tankers,

Asistente Administrativa del Director, Sra. Karen Crabtree.

Él VA sirve a aquellos que han servido a nuestro país.

Donovan giró la carta para captar la luz de una ventana cercana. Entrecerró los ojos ante la firma. Sí, en realidad estaba firmado con tinta, no preimpresa.

Bueno, Sr. Andrew J. Tankers, ¿cómo piensa retener \$ 20,780.80 de los "pagos de compensación mensual descontinuados" del Sr. Martin? ¿Especialmente desde que piensa que murió en 1988?

Donovan miró a la joven. "¿Estas personas nunca leen las cartas que firman?"

Ella se encogió de hombros.

"¿Qué es lo que quiere que haga?" Donovan preguntó.

"No podemos obtener ese dinero ahora solo durante los últimos dos meses".

"Sí, veo que te han detenido... ¿Es él tu abuelo?"

"Excelente."

"Han detenido los pagos de su bisabuelo porque piensan que él falleció".

"Él no murió".

"Puedo ver eso, pero una vez que una computadora del gobierno cree que estás muerto, es casi imposible convencerla de lo contrario".

"¿Pero cómo hacer eso?"

"Tienes que llevar al señor Martin... ¿tienes una silla de ruedas?"

Ella sacudió su cabeza.

"Tendrás que conseguir una silla de ruedas y llevar al señor Martin... ¿tienes un automóvil?"

Ella sacudió su cabeza.

"Entonces tendrás que llamar a un taxi y llevar al Sr. Martin a las oficinas de VA, y él pueda darles su nombre, rango—"

"¿Dónde está esa cosa de la rueda?"

Donovan miró hacia la puerta. "¿Está tu madre aquí?"

"No madre."

"¿Tu padre?"

"Ambos fallecieron, no solo uno, solo el abuelo y Sandia".

"¿Dónde está Sandia?"

Ella arrugó la frente. "Estoy aquí."

"¿Eres Sandia?"

Ella asintió. "Hasta hace dos semanas, el abuelo hacía esto, lo otro, traía comida a casa, pagaba la luz, pagaba el agua, cuidaba

de mí también. Pero ahora solo puedo esforzarme por cuidar al abuelo y todas las demás cosas sin dinero”.

Donovan guardó silencio por un momento. *¿En qué me he metido esta vez?*

"¿Por qué me llamaste?"

"Te encontré en las páginas amarillas".

"Déjame ver."

Salió de la habitación y regresó con las Páginas Amarillas. Abrió el libro en una página con la esquina doblada hacia abajo. "Aquí tienes tu número".

Miró el anuncio. 'Abogado de Compensación por Incapacidad. Milton S. McGuire. Podemos resolver sus difíciles desacuerdos por discapacidad. 555-2116".

"Hum..." Donovan tomó el libro y pasó algunas páginas. "Aquí está mi anuncio; 'Traducción Braille para ciegos. Donovan O'Fallon. 555-2161." Se lo mostró. "Invertiste los dos últimos dígitos y me conseguiste a mí en lugar del abogado".

Sandia miró el anuncio y pudo ver que no entendía lo que había sucedido.

"Traduzco texto impreso al Braille y también hago otras cosas".

Sandia lo miró y sostuvo sus ojos por un largo momento. "¿Entonces no me ayudarás?"

El color de sus ojos era algo entre el azul de un lago alpino y el cielo cerúleo en una dulce mañana de verano.

"Lo siento", dijo Donovan. "No hay nada que pueda hacer."

Esperó un segundo, como si tratara de entender algo. "De acuerdo entonces." Ella abrió el camino hacia la puerta principal.

En el porche, la miró a los ojos preocupados por un momento. "Adiós, Sandia".

"Adiós, Donovan O'Fallon".

Dio un paso atrás, dejando que la puerta se cerrara en cámara lenta, aparentemente por su propia voluntad, terminando con un suave eclipse de visión.

Donovan miró la pintura desconchada y el óxido escamoso donde había estado su imagen. Una vaga sensación de pérdida tiró de algo en el fondo de su mente.

Después de un momento, comenzó a caminar.

Una señora estaba trabajando en su cantero de al lado.

"Hola", dijo mientras cruzaba el patio cubierto hacia ella.

Ella lo miró críticamente y miró la casa que acababa de dejar.

"Hola."

"¿Conoces a las personas que viven aquí?"

¿Te refieres ala retrasada y al vejstorio?

"No creo que sea retrasada".

"¿Oh? ¿Has hablado con ella?"

"Si."

"¿Y no crees que le faltan unos cuantos palos?"

"Ella tiene algún tipo de impedimento del habla".

¿Es así como lo llaman hoy en día? ¿Sigue vivo el viejo?

"Sí, él está bien".

"Nadie lo ha visto en meses. Pensamos que había muerto y

la retrasada lo había metido en el congelador. Ella se rió como una hiena.

Alguien más se echó a reír: un anciano que apareció detrás de una hilera de azaleas, como un gato encajonado. Tal vez él era el esposo de la mujer.

"¡En el congelador!" Él rebuzno como un imbécil.

Quizás alguien debería meterlos a los dos en un zoológico.

Donovan se dio la vuelta y fue a su auto. Arrancó el motor de su brillante Buick rojo y crema y se puso el cinturón de seguridad en el regazo, presionándolo en la hebilla. Miró por el espejo retrovisor y vio a dos niñas saltando por la acera. Habían marcado con tiza cuadrados torcidos en el cemento y ahora brincaban con risas de emoción. Delante de él, un hombre enorme, sudoroso, sin camisa y pantalones muy ajustados cortaba el césped.

Donovan miró hacia la casa de Sandía, donde la hierba alta crecía y los rosales delgados caían al suelo.

"Maldita sea", susurró y apagó el motor.

Capítulo Tres

Periodo de tiempo: 1623 a. C., en el mar en el Pacífico Sur

Akela yacía boca abajo en el aparejo entre los cascos de su canoa doble de cincuenta y cinco pies. Sus dedos rozaron el agua mientras observaba las olas del Pacífico Sur.

Dos canoas dobles más formaban este convoy de migración. El segundo era pilotado por el amigo de Akela, Lolani, mientras que el tercero fue comandado por Kalei. Los tres hombres fueron elegidos deliberadamente por los jefes de Babatana porque no estaban emparentados entre sí. Tampoco sus esposas.

A través de innumerables generaciones, los polinesios habían aprendido que las nuevas colonias probablemente morirían si los adultos estuvieran estrechamente relacionados entre sí. También sabían que una pareja soltera no podría producir una población sostenible. Con dos o tres parejas, todavía era dudoso, por lo que siempre enviaban al menos cuarenta personas en ese viaje, para garantizar el éxito de una nueva colonia.

"Tevita", dijo Karika a su hija de cinco años, "lleva esta kahala a tu papá".

La niña se rió, tomó el corte fresco de pescado y corrió sobre la plataforma y a lo largo de la canoa hacia la proa. No tenía miedo de caer al mar. Y si llegara a caerse, nadaría hasta una cuerda que se arrastraba para salirse o buscaría a alguien que la alcanzara para sacarla del agua.

"Papá", dijo Tevita, "tengo algo para ti".

"Ah", dijo Akela, "¿cómo sabías que tenía tanta hambre?"

Tomó el filete de kahala crudo, lo sumergió en el mar y lo partió en dos, entregándole la mitad a su hija.

Masticaron en silencio mientras miraban las aguas por delante.

Akela había sido elegido jefe de la expedición debido a sus habilidades de navegación. Ya se había probado a sí mismo en varios viajes largos.

Las tres canoas fueron excavadas de los árboles kauri encontrados en su isla natal de Lauru. Cada embarcación llevaba dos velas triangulares hechas de hojas tejidas de pandanus.

Los cascos dobles de las canoas fueron azotados junto con un par de vigas de quince pies cubiertas con tablas de teca. Llevaban cincuenta y cuatro adultos y niños, además de perros, cerdos y gallinas, junto con macetas de pana pen, coco, taro, manzana rosa, caña de azúcar y plantas de pandanus.

Además de las personas y los animales, también estaba presente y enjaulada, un ave fragata.

En una de las canoas, cinco mujeres se sentaron con de piernas cruzadas bajo un techo de hojas de palma con techo de paja. Charlaron sobre el viaje y cómo sería su nuevo hogar mientras limpiaban el pescado que habían capturado.

El pescado crudo no solo les proporcionaba sustento, sino que proporcionaba el líquido que sus cuerpos ansiaban. Usaban las cabezas y las entrañas como cebo para atrapar más peces, y tal

vez una sabrosa tortuga marina.

Llevaban anzuelos hechos de hueso de perro y sedal tejido con la fibra de coco.

Complementaron su dieta de pescado crudo con carne seca, fruta de pan, coco y taro.

"Karika", dijo Hiwa Lani mientras cortaba a la mitad una fruta de pan con su cuchillo de piedra, "si hay gente en la nueva isla, ¿nos querrán?" El filo descascarado de su cuchillo negro de basalto era lo suficientemente afilado como para cortar la cáscara de un coco o cuartos traseros de un cerdo recién muerto.

Karika miró a la adolescente. "Probablemente no. Todas las islas están superpobladas. Si encontramos gente allí, Akela cambiará por alimentos frescos y nos guiará a otra isla".

En la proa de la canoa, Akela estudió su tabla de palo, que parecía el juguete de un niño; astillas de madera atadas juntas con trozos de fibra para formar un rectángulo rugoso. Sin embargo, en realidad era una carta náutica que mostraba los cuatro tipos de olas oceánicas que se encontraban en el Pacífico Sur. Pequeñas conchas marinas atadas a la carta marcaban las ubicaciones de las islas conocidas.

Usando su conocimiento de las olas del océano, los vientos estacionales y las posiciones de las estrellas, los polinesios habían cruzado gran parte del vasto océano.

Akela miró por encima del hombro a Metoa, que estaba sentada en la popa del casco izquierdo, sosteniendo su remo en el agua. Akela señaló hacia el noreste, ligeramente a la derecha

de su dirección actual.

Metoa asintió y movió la paleta para ajustar su rumbo.

Los otros dos botes, detrás ya la izquierda y derecha de la estela de la canoa líder, cambiaron de rumbo para seguir a Akela.

"Si la nueva isla no está abarrotada", dijo Hiwa Lani, "podrían recibirnos con *ahima'a*".

Karika cortó la cabeza de un pargo rojo. "¿Una fiesta?" Ella rió. "Sí, y servirnos para el plato principal".

Las otras mujeres también se rieron, pero Hiwa Lani no lo hizo. "¿Caníbales? ¿Cómo esos salvajes de Nuku Hiva?"

"Quizá." Karika destripó el pargo y arrojó las entrañas en una media calabaza. "Quién sabe qué mal acecha en algunas de esas islas remotas".

Hiwa Lani cortó rodajas de fruta de pan. "Espero que algunos jóvenes amigables puedan acechar allí".

"Hiwa Lani", dijo Karika, "tenemos cuatro jóvenes solteros aquí en nuestros barcos".

Hiwa Lani volteó su largo cabello negro sobre su hombro desnudo. "Todos son muy inmaduros. Prefiero casarme con un caníbal.

"Mira allí." Karika apuntó su cuchillo hacia el oeste, donde una línea de truenos se alzaba sobre el mar azul.

"Bueno", dijo Hiwa Lani, "al menos tendremos agua fresca esta noche". Se puso de pie y arrojó la fruta del pan a los cerdos hambrientos.

"Si." Karika miró hacia el aparejo delantero, donde su esposo

y su hija habían estado unos minutos antes. "Creo que lo haremos".

Akela se paró en la proa del casco izquierdo, cubriéndose los ojos con la mano y observando las tormentas.

La pequeña Tevita, a su lado, imitaba a su padre.

Durante las lluvias ocasionales, las mujeres moldearon la paja de su techo en un embudo para canalizar el agua de lluvia hacia los cascotes de coco. Cuando estaban llenos, los taparon con tapones de madera y los guardaron en el fondo de las canoas.

Antes de que comenzara el viaje, las mujeres habían perforado un agujero en cada uno de los cincuenta cocos frescos, habían escurrido el líquido que se guardaría para cocinar y colocaron los cocos en varios hormigueros. En unos pocos días, las hormigas habían hecho su trabajo de limpiar el grano del interior de los cocos, dejando recipientes limpios y resistentes para el almacenamiento de agua potable.

Una vez que todos los cocos se llenaron con la escorrentía de agua fresca desde el techo, las mujeres hicieron salir a los niños para enjuagar la sal de sus cuerpos.

Tevita tenía el importante trabajo de alimentar y cuidar a la fragata. La gran fragata, como lo llamaban, tenía una envergadura de casi siete pies, y era uno de los miembros más importantes de la tripulación.

Cuando Akela pensaba que una isla podría estar cerca, soltaría a la fragata, y todos lo mirarían mientras giraba en el aire para deslizarse hacia el horizonte.

La fragata nunca cae al agua, porque no tiene patas palmípedas y sus plumas no son impermeables. Si no puede encontrar tierra, regresará a las canoas.

Si no regresa, es una buena noticia, porque significa que hay una isla cerca. Akela luego establecerá su rumbo para seguir la dirección que había tomado la fragata.

* * * * *

Habían observado la línea de tormentas eléctricas toda la tarde, y cuando cayó la noche, los relámpagos iluminaban la oscuridad cada pocos segundos, mientras los truenos sacudían las tres embarcaciones frágiles, haciendo que todos los animales agitados emitieran sus sonidos.

Akela había cambiado de rumbo hacia el este, tratando de esquivar el final de la línea tormentosa, pero la tormenta creció y se extendió en esa dirección, como si hubiera anticipado su intento de escapar.

Podía girar y correr antes del viento, pero la tormenta los alcanzaría.

Ataron a los animales y aseguraron todo lo que no estaba ya sujeto a las tablas.

Los niños se acurrucaron juntos en la cubierta, agarrados de los animales y cuerdas de amarre.

Una tormenta en el mar siempre era atemorizante, pero por la noche puede ser aterradora.

Capítulo Cuatro

Periodo de tiempo: 31 de enero de 1944. Invasión estadounidense de la isla Kwajalein en el Pacífico Sur

William Martin miró a su amigo. "¿Estás bien, Keesler?"

El soldado Keesler agachó la cabeza cuando otra ronda japonesa golpeó el costado de su bote Higgins. "Sí, claro, estoy genial".

Martin se levantó para mirar por encima del borde de la nave de desembarco.

Fue disparada una ametralladora japonesa y cuatro balas rebotaron en la barandilla de acero del bote.

"¡Soldado!" El teniente Bradley gritó desde el frente de la nave de desembarco. "¡Baja la cabeza!"

"Sí señor." Martin se dejó caer al lado de Keesler.

El timonel del bote balanceó su ametralladora calibre treinta para disparar contra los artilleros japoneses en la cima de la playa.

"Solo faltan cincuenta yardas, Keesler", dijo Martin.

"Estaré enfermo", dijo Keesler.

"No. Cálmate." Le dio unas palmaditas a Keesler en el hombro.

"¡Muy bien, muchachos!" Gritó Bradley. "Compruebensus armas y prepárense para llegar a la playa".

Martin apretó la correa de la barbilla mientras hablaba con

Keesler. "El Capitán Rosenthal nos dijo que Kwajalein será una fiesta de té en comparación con Tarawa".

"Tarawa". Keesler resopló. "Los japoneses mataron a nuestros muchachos en la playa de Betio".

"Sí, pero los derrotamos, ¿no?"

"Después de perder mil seiscientos hombres, los derrotamos. ¿Y cuánto tiempo estuviste en ese hospital de Nueva Zelanda?"

"No sé", dijo Martin, "quizás seis semanas. Pero los médicos me arreglaron bien".

"Deberían haberte enviado de regreso a los Estados Unidos. Cualquiera que reciba una bala en el intestino y sea alcanzado por la metralla debe irse a casa".

"No quise irme a casa. Me ofrecí voluntario para esto".

"Estás jodidamente loco, sabes"

"¡Treinta segundos, infantes de marina!" El teniente Bradley agarró su .45. "¡Prepárense para patear algunos traseros japoneses!"

Los treinta y seis soldados de la Cuarta División de Marines gritaron sus gritos de batalla cuando la nave de desembarco se estrelló en la playa y dejó caer la rampa delantera sobre la arena.

Bradley corrió por la rampa seguido de sus hombres.

Los soldados Martin y Keesler agarraron dos camillas y subieron por la parte trasera. Sus brazaletes blancos tenían cruces rojas cosidas en el material, y una cruz roja estaba pintada en la parte delantera y trasera de sus cascos. Como portadores de basura, se los consideraba no combatientes, pero portaban

pistolas automáticas .45 para defenderse.

Cuando bajaron la rampa, tres soldados yacían sobre la arena.

Corrieron hacia el primer hombre y lo dieron la vuelta. Estaba muerto.

"¡Vamos!" Martin gritó mientras corría hacia el segundo soldado herido.

Él y Keesler dejaron caer sus camillas y cayeron de rodillas en la arena junto al soldado.

¡Teniente Bradley!

Martin no vio sangre, pero se vio una gran abolladura en el costado del casco del oficial. Martin se desabrochó la correa de la barbilla y le quitó cuidadosamente el casco; Todavía no hay sangre. Pasó los dedos por el costado de la cabeza de Bradley.

El fuego del rifle levantó arena a dos pies de distancia.

Keesler cayó al suelo, con los brazos sobre la cabeza.

"¿Está herido?" Gritó Martin.

"No." Keesler todavía se encogió en la arena.

Martin se volvió hacia el teniente. "Conmoción cerebral", susurró y miró al tercer hombre que yacía cerca. La sangre empapó el frente de su camisa. El soldado se retorció de dolor y se agarró el pecho. "Keesler, ve a ver McDermott".

Keesler observó a McDermott mientras el resto de los marines avanzaban por la playa bajo una lluvia de rifles y fuego de artillería. Otros dos soldados cayeron.

"¡Vamos!" Gritó Martin.

Keesler se levantó de un salto. "¡Malditos hijos de puta!"

Corrió hacia McDermott.

"¿Dónde...?", dijo el teniente Bradley.

"Tómelo con calma, teniente", dijo Martin, "le han dado un golpe en la cabeza".

"¿Dónde están... mis hombres?" Trató de levantarse.

Martin lo ayudó a sentarse. "Te llevaremos de vuelta a la nave de desembarco".

"¿Qué? ¡No!" Los ojos del teniente Bradley se pusieron en blanco. Agarró la camisa de Martin, falló e intentó de nuevo. Luego agarró las solapas de Martin con ambas manos. "No me voy. ¿Entiendes algo de eso?"

"Tiene una lesión en la cabeza, señor. Tengo que llevarlo al barco de Higgins para que puedan llevarlo a los médicos del barco.

"¡Estúpido hijo de puta! Todavía no he disparado ni un tiro. ¿Dónde está mi cuarenta y cinco?"

Martin vio la pistola tirada en la arena. La alcanzó, sacudió la arena del barril y la puso en la mano temblorosa de Bradley.

"Ayúdame."

Martin se levantó y lo ayudó a levantarse.

"Mi casco".

Martin recuperó su casco. "Espere, señor. Déjeme ver sus ojos."

Bradley miró a Martin.

Sus ojos ya no estaban rodando y parecía capaz de concentrarse.

"Puedo ver bien, soldado. Si mantuvieras la cabeza quieta, podría verte aún mejor".

Martin sonrió "Muy bien, teniente. Dales infierno."

"Pretendo hacerlo." Bradley se puso el casco. "Ahora, ve a cuidar a los hombres heridos que realmente te necesitan".

Bradley corrió para alcanzar a sus hombres. Estaba desequilibrado y figuraba un poco a su izquierda, pero estaba decidido a volver a la batalla.

Martin agarró una camilla y corrió hacia Keesler, donde estaba colocando un apósito en el pecho de McDermott.

Martin cayó de rodillas. "Sargento McDermott".

"¿Si?"

"Lo vamos a subir a la camilla y lo llevaremos al bote. ¿Está listo?"

McDermott asintió con la cabeza.

"Agarra sus pies, Keesler".

McDermott gritó cuando lo levantaron.

"Estará bien", dijo Martin mientras asentía con la cabeza a Keesler y ellos levantaron la camilla y trotaron por la playa.

Tan pronto como colocaron a McDermott en la cubierta del bote, un miembro de la marina se hizo cargo y comenzó a limpiar la herida en el pecho de McDermott.

Martin agarró otra camilla y corrió hacia la rampa mientras Keesler lo seguía.

Otros cinco hombres heridos estaban cerca de la marca de la marea alta. El primer hombre estaba sentado en la arena,

fumando un Lucky Strike. Tenía una herida de bala en la pantorrilla derecha. Mientras Keesler cubría la herida, Martin corrió hacia el siguiente hombre; Tenía dos heridas de bala en el pecho y ya estaba muerto. El tercero tenía una herida en la cabeza, pero estaba vivo. Una bala atrapó el borde interior de su casco, zumbó por dentro y salió por la sien izquierda del soldado, dejando una herida de cuatro pulgadas.

"¿Cómo te llamas, soldado?" Martin lo conocía, pero quería que el hombre hablara.

"Sofoca".

"Bueno." Martin se quitó el casco. "¿Rango?"

"PFC".

"¿Atuendo?" Sacó un vendaje enrollado de su mochila médica.

"Cuarto Marine".

Martin envolvió el vendaje alrededor de la cabeza de Smothers. "Acabas de comprarte un boleto a casa, Smothers".

Cuando Martin ató las colas del vendaje, escuchó el inconfundible gemido de un proyectil entrante.

Saltó sobre el cuerpo de Smothers y envolvió su brazo izquierdo alrededor de su cabeza.

Un segundo después, un mortero explotó a quince metros de distancia.

La conmoción cerebral sacudió el cerebro de Martin, pero él se sacudió.

"Smothers, ¿estás bien?"

"¿Qué demonios fue eso?"

"Mortero. Tenemos que sacarte de aquí. ¿Puedes caminar?"

"No lo sé."

Cayó otro mortero que al estallar abrió un cráter en la arena a treinta metros de distancia.

Martin se puso de pie, haciendo que Smothers se pusiera de pie. "Apóyate en mí. Es todo cuesta abajo desde aquí."

Detrás de ellos, y más allá de la playa, dispararon varias ametralladoras. Morteros y artillería japoneses bombardearon a los estadounidenses mientras avanzaban hacia el centro de la isla. Unas nubes negras y grasosas se alzaban sobre el campo de batalla como el humo de un centenar de pozos de petróleo en llamas.

Estaban a mitad de camino de la playa cuando tres aviones de combate Hellcat llegaron rugiendo desde el mar, a solo treinta pies sobre las olas.

Martin y Smothers se agacharon cuando los aviones rugieron por encima de ellos. Sacudieron la cabeza para ver a los luchadores detenerse sobre las copas de los árboles y el banco que quedaba en formación para sumergirse en los tanques japoneses y los nidos de ametralladoras, abriendo fuego con sus cañones de 20 mm.

Cuando llegaron al bote, Martin ayudó al soldado Smothers a sentarse en la parte de atrás, luego corrió por la playa para ayudar a Keesler a cargar al hombre con la herida en la pierna.

Dentro del bote, agarraron otra camilla y se apresuraron a

regresar a la playa.

Médicos de los otros barcos trabajaron en los heridos cerca de la línea de árboles.

"Vamos, Keesler", dijo Martin, "tenemos que ponernos al día con nuestra unidad".

En lo alto de la playa, saltaron sobre una palmera humeante y corrieron hacia el sonido de los disparos. Esquivaron alrededor de los cráteres de las municiones y se apresuraron a alcanzar al cuarto marine.

A veinte metros de la playa, encontraron a un soldado boca abajo detrás de una palmera caída.

Martin dejó caer la camilla y se arrodilló para darle la vuelta al hombre. Su brazo izquierdo estaba gravemente herido, y el lado de su cara estaba ensangrentado. Cuatro granadas de mano colgaban de las correas sobre su pecho.

Una mochila con "Carga de mochila" estampada en el lienzo yacía en el suelo junto al hombre herido. Martin levantó gentilmente la cabeza del hombre y empujó los explosivos debajo de su cabeza como una almohada.

"Hola, Duffy", dijo Martin. "¿Puedes escucharme?"

El soldado Duffy abrió los ojos, que pasaron de la cara de Martin a Keesler y regresaron. Él sonrió. "¿Qué te tomó tanto tiempo?"

"Se supone que debes levantar la mano cuando quieres un camarero". Martin sacó su cuchillo y abrió la manga ensangrentada.

Duffy se rio entre dientes. "Voy a... tener el hueso-T y..."

Una bala rebotó en una roca detrás de ellos. Tanto Martin como Keesler se agacharon. Dos disparos más levantaron la tierra.

"¡Oigan!" Gritó Keesler. "Estúpidos imbéciles, ¿No ven las cruces rojas pintadas en todo nuestro..."

Una bala golpeó a Keesler y lo hizo girar. Gritó cuando cayó al suelo.

Martin se arrastró hacia su amigo. "¿Te dieron?"

"No... no..."

El fuego de las ametralladoras arrasó el terraplén detrás de ellos.

Martin acercó a Keesler al tronco del árbol. Agarró su .45 y miró por encima del tronco. Dos balas astillaron la corteza. Martin se agachó.

"¡Es un maldito tanque!"

Capítulo Cinco

Periodo de tiempo: hoy en día, Filadelfia, EE. UU.

Donovan llamó a la puerta. Después de un momento, Sandia llegó a la puerta, con las páginas amarillas abiertas en la mano.

Ella lo miró fijamente.

"¿Te importa si vuelvo a mirar esos papeles?" preguntó.

Ella no respondió de inmediato. La observó tocar su sien derecha y apretar los ojos con fuerza.

Le duele, pensó. Quizás un dolor de cabeza.

"Yo..." Parecía perder su pensamiento.

Donovan llenó los espacios en blanco. *A ella le gustaría que volviera a mirar los papeles.*

"Bueno."

Se dio la vuelta para regresar a la habitación de su abuelo.

Donovan entró en la casa, luego la siguió, cerrando la puerta detrás de él.

Esta vez prestó más atención a la casa. Todos los pisos eran de linóleo, con cada habitación en un color y patrón diferente. En lugares donde se había desgastado y se había desprendido, alguien lo había clavado con clavos para techos. Vio ocasionalmente alfombras, y las cortinas de las ventanas parecían como si alguien las hubiera lavado y planchado recientemente.

Cuando entraron en la habitación, su abuelo se enderezó y asumió su actitud desafiante.

"Descanse, soldado", dijo Donovan, intentando un poco de humor para aligerar las cosas.

Sorprendentemente, el abuelo Martin se llevó una mano nudosa a la frente en un saludo, luego se relajó un poco.

"Siéntate allí, si..." Sandia hizo un gesto hacia un sofá cubierto con una colcha marrón y amarilla.

Donovan se sentó en el sofá y dejó el maletín en el suelo a sus pies. Sandia trajo la pila de papeles, los colocó a su lado y luego se sentó al otro lado. Llevaba una larga falda raída de azul desteñido. Podría haber sido la última moda o una práctica. Su blusa era blanca como cáscara de huevo, con botones azules de plástico en la parte delantera.

Estudió sus ojos por un momento. "¿Te duele la cabeza?"

Se tocó el centro de la frente. "A veces, en la mañana". Se pasó los dedos temblorosos por la frente hasta la sien izquierda, presionando con fuerza. "Este, todo el día".

"¿Has tomado algo por ello?"

Ella entrecerró los ojos sobre él, obviamente tratando de entender.

"Analgésico, ibuprofeno, aspirina..."

Sandia se encogió de hombros y se miró las manos, ahora apretadas en su regazo.

"¿Pastillas?"

"No tenemos ninguno de esos".

Donovan abrió su maletín y sacó una botella de Excedrin. Le entregó dos pastillas en la mano y se las tendió.

Se metió las pastillas en la boca y comenzó a masticar.

"¡No! No..."

Sandia hizo una mueca y pensó que iba a escupir la aspirina.

Cogió una botella de agua de su maletín. "Tienes que beberlas con agua".

Tomó la botella y tragó el agua. "Ugh". Sacó la lengua y bebió más. "Sabe a..."

"Si lo sé. Pero al menos deberían actuar bastante rápido de esa manera".

"Gracias..." Le devolvió la botella, luego se pasó los dedos temblorosos por el labio inferior. "Gracias."

Donovan recogió los documentos de descarga del Sr. Martin y echó un vistazo a la información. Fecha de inducción: 2 de marzo de 1942. Ocupación militar: camillero. Batallas y Campañas: Batalla de Tarawa, 20 de noviembre de 1943. Batalla de Kwajalein el 1 de febrero de 1944. Prisionero de Guerra 1 de febrero de 1944 a 3 de febrero de 1944. Premios y citas:

"¡Santo cielo!" Donovan miró fijamente la casilla marcada "Premios y citas". Miró al Sr. Martin, que miró desde Donovan a su nieta.

"Tres medallas del Corazón Púrpura", leyó Donovan. "Tres estrellas de batalla de bronce y dos estrellas de plata". Miró a Sandia. "¿Has leído esto?"

"Solo puedo con..." Se puso de pie, salió de la habitación y pronto regresó con un grueso libro. Ella se lo entregó.

"Diccionario. ¿Tienes que buscar las palabras mientras lees?"

Ella asintió.

"Déjame explicarte esto. Se otorga un Corazón Púrpura a un soldado herido en la batalla. Tu abuelo recibió tres Corazones Púrpuras". Él la miró. "Una estrella de batalla de bronce significa que hizo algo heroico en el campo de batalla, probablemente fue herido esas tres veces porque recibió tres estrellas de bronce. Y dos estrellas de plata. No dan estas cosas a la ligera. Una estrella de plata está solo tres peldaños debajo de la Medalla de Honor del Congreso. Hizo algo más que heroico, y lo hizo dos veces, probablemente salvó las vidas de los soldados bajo fuego o sacó un nido de ametralladoras sin ayuda, algo así".

Sandia tomó la mano de su abuelo. "Nunca habla de estas cosas, pero siempre sé que es mi héroe".

El viejo sonrió mientras sus ojos se humedecían.

"Sí", dijo Donovan. "Aquellos soldados que regresaron de la guerra alardeando de sus hazañas generalmente resultaron ser empleados de suministros o cocineros. Los verdaderos luchadores nunca hablan de lo que sucedió en el campo de batalla". Leyó más del viejo documento. "Cerca del fondo, dice que fue dado de baja en 1945 bajo la Sección Ocho y enviado a Byberry. ¿Qué demonios? El hombre atravesó el infierno, en dos grandes batallas en el Pacífico, sirvió más allá del cumplimiento del deber, y recibió un disparo bastante malo. Además de todo eso, fue un prisionero de guerra. Debería haber recibido un desfile de boletos por Broadway en la ciudad de Nueva York. Pero, en cambio, lo enviaron a Byberry, sea lo que sea. Pasó la

página, pero el reverso estaba en blanco. Miró a Sandia. ¿Sabes qué es Byberry?

Ella sacudió su cabeza. "Lo siento."

Donovan miró al señor Martin. El viejo tenía una delgada sonrisa en su rostro.

Él entiende todo lo que digo, pero está a punto de desaparecer.

Donovan se volvió hacia Sandia. "¿Cuándo fue la última vez que recibió un cheque por discapacidad?"

Fue al escritorio y regresó con una declaración impresa.

"Ah", dijo Donovan. "Esto vino con su cheque. Tiene fecha hace casi tres meses".

"Sí, alrededor de eso".

"¿Qué solía hacer cuando recibía sus cheques?"

"Él va al banco, luego al supermercado".

Sandia estaba un poco menos tensa, y su frente se había alisado. "¿Cómo está tu cabeza?"

Ella sonrió por primera vez. "Bien."

"¿Tu abuelo sufrió un derrame cerebral cuando se detuvieron los cheques?"

"Cuando llegó esa carta, dice malas palabras, comienza a temblar y cae de rodillas. Lo ayude a acostarse.

"Sí, eso tuvo que ser un shock".

Ella asintió.

"¿Te importa si veo tu cocina?"

Sandia parecía perpleja pero luego sacudió la cabeza. Se puso de pie y condujo a la cocina.

Donovan vio una media jarra de mantequilla de maní Skippy en el mostrador, junto con unas rebanadas de pan y una jarra de aceitunas. El refrigerador no contenía nada más que media cuadra de queso Limburger.

Estaba horrorizado pero contuvo la lengua... por el momento.

Las encimeras, la mesa y la estufa estaban impecablemente limpias. Abrió la puerta de un armario y encontró un juego de platos cuidadosamente apilados. En el siguiente gabinete, donde uno podría esperar encontrar azúcar, sal, frijoles y otros alimentos básicos, había una pequeña lata de pimienta negra.

"Tengo que ir a ocuparme de algo", dijo Donovan a Sandia. "Volveré en media hora. ¿Está bien?"

Ella tomó su mano. "Que las pastillas mejoran mucho el dolor de cabeza".

"Bueno. Las dejaré contigo, pero no tomes más de cuatro al día. ¿Lo entiendes?"

Sandia sonrió. "Si."

"Y no las mastiques".

* * * * *

Donovan regresó en veinte minutos, con tres comidas Big Mac y tres Coca-Cola de gran tamaño.

Cuando Sandia abrió la puerta, tenía el pelo suelto y cepillado. Enmarcó su cara en remolinos ondulados y cayó casi sobre sus hombros. Ella sonrió, mostrando un conjunto de dientes blancos y parejos.

La aspirina, la droga maravillosa.

"¿A tu abuelo le gustan las hamburguesas?"

"Oh sí."

Movieron la mesa de café frente al Sr. Martin y extendieron la comida. Sandia y Donovan se sentaron en el suelo frente al viejo.

"McDonalds hace las mejores papas fritas del mundo", dijo Donovan mientras sumergía una en un charco de salsa de tomate.

"Mmmm..." Sandia dijo alrededor de un bocado de hamburguesa. "Tan bueno."

Su abuelo sonrió y asintió con la cabeza. Aunque le faltaban algunos dientes, no tuvo problemas con la hamburguesa y las papas fritas.

Sandia dijo: "Cuando el abuelo solía ir a la tienda de comestibles"

"¿Cómo llegó allí?" Preguntó Donovan mientras tomaba un sorbo de su Coca-Cola.

"Tiene auto en ese garaje".

"Cuando te pregunté sobre eso antes, dijiste que no tenía uno".

"Usted pregunta automóvil".

"Oh sí. Supongo que lo hice. Entonces, ¿el abuelo condujo a la tienda y recogió víveres?"

"A veces también viajo con él".

"Eso es asombroso, que todavía conduce".

Media hora después, Donovan se despidió de Sandia y su abuelo.

* * * * *

Cuando entró en su Buick, llamó a su amigo en el hospital.

"Camel", dijo Donovan en su teléfono, "Necesito un diagnóstico".

"Está bien, dispara".

"Ella habla en un inglés quebrado, pero no arrastrado o ininteligible, y no hay acento extranjero. Es solo que faltan algunas palabras y otras no están ordenadas en el orden correcto. Tiene fuertes dolores de cabeza, tal vez como una migraña.

"Uh-huh", dijo Camel. "¿Tiene náuseas? ¿Y tiene visión borrosa?"

Donovan encendió el auto y salió a la calle. "No lo sé. Le preguntaré a ella."

"Si lostiene, podría tener un hematoma subdural, que es un coágulo de sangre en el cerebro, o podría ser un tumor en el área de Broca del lóbulo frontal de su cerebro". De ahí viene la pronunciación".

"¡Mierda!"

"Si. Esperemos el hematoma; es un poco más fácil de tratar. Ella necesita una tomografía computarizada, pronto. Estas cosas solo pueden empeorar".

"¿Puedes hacer la tomografía?"

"Donovan, soy un interno de primer año. No puedo hacer nada más que seguir a los médicos y tomar notas. ¿Qué tipo de seguro tiene ella?"

"Sin seguro, sin dinero".

"Bueno, entonces llévala a la sala de emergencias. No pueden rechazar a nadie, incluso si están en quiebra. Estoy en urgencias

mañana por la noche, segundo turno. Tráigala después de la medianoche, y si los médicos de verdad están de acuerdo con mi diagnóstico, tal vez pueda ayudarlo a hacer algo".

"Gracias, amigo..." Su teléfono sonó dos veces. "Tengo otra llamada entrante, Camel. Estaremos allí mañana por la noche".

"Está bien te veo después. No te olvides de GFDW este fin de semana".

"Derecha." Donovan colgó, y luego atendió la otra llamada. "¿Hola?"

"Dios mío, es difícil conseguirlo".

¿Maldita sea! ¿Por qué no verifiqué el identificador de llamadas?

"Hola, Chyler".

¿Por qué no me deja tranquila?

"¿Qué estás haciendo?"

"Camino a un trabajo".

"¿Qué trabajo?"

"Un trabajo al que llego tarde. ¿Qué deseas?"

"Solo quiero hablar."

"No tenemos nada de qué hablar".

"¿Qué pasó con los dos años que te di?"

"¿Me diste dos años?"

"Sí, lo hice. ¿Por qué no podemos intentarlo de nuevo? Sabes que siempre te amé. Chyler hizo una pausa por un momento. "Y todavía lo hago".

"Me dejaste. ¿Recuerdas?"

"Eso podría haber sido un error de mi parte".

"¿Podría haber sido?"

"Solo quiero salir a tomar algo. Eso es todo."

"¿Te dije que llego tarde a un trabajo?"

"No ahora. Quizás mañana por la noche. Podríamos ir al último asiento en el Hindenburg.

"Odio ese estúpido lugar, y de todos modos, estoy ocupado mañana por la noche", dijo Donovan.

"¿Con quién?"

"No es asunto tuyo."

"Es esa chica de arbitraje, ¿no?"

"No."

"¿Cuál es su nombre?"

"Lo olvidé."

"Lo averiguaré".

"Adiós, Chyler".

"¿Qué tal GFDW este fin de semana?"

Donovan apagó su teléfono y lo arrojó al asiento del pasajero. Todavía estaba furioso diez minutos después, cuando llegó a la calle Wilbert, camino a casa para buscar su camioneta. Tuvo que calmarse e ir a terminar el proyecto Wickersham antes del anochecer.

Capítulo Seis

Periodo de tiempo: 1623 a. C., en el mar en el Pacífico Sur

La atmósfera era pesada y opresiva, el aire casi líquido. La baja presión puso nerviosos a todos. Las nubes de tormenta hirvieron más alto, trayendo una oscuridad temprana.

Fue un alivio cuando las primeras gotas de lluvia golpearon las canoas, rompiendo la tensión.

Cuando el viento y las olas comenzaron a levantarse, Akela y Lolani arrojaron cuerdas largas a las otras canoas. Aseguraron las cuerdas entre los tres barcos, pero los mantuvieron lo suficientemente separados para que no chocaran y se causaran daños.

Bajaron las velas, las guardaron en el fondo de las canoas y se aseguraron de que todo lo demás estuviera atado. Colocaron a los niños en los centros de las tres plataformas debajo de los techos de palma, con una mujer quedándose con cada grupo. El resto de los adultos atendieron las paletas. Tenían que mantener los arcos de las canoas apuntando hacia las olas que se aproximaban; de lo contrario, corrían el riesgo de volcar. Como sus canoas no tenían timones, los remos eran el único medio para controlar los botes. A medianoche, las olas estaban subiendo más que la parte superior de los mástiles, mientras que el viento alejaba las espumosas capas blancas.

Las olas agitaban un fuerte olor a seres vivos, y mezclado con

este olor estaba el ocasional olor a aire fresco, enrarecido por los constantes rayos.

Las pequeñas embarcaciones subieron por los lados delanteros de las enormes olas, se tambalearon en la parte superior, donde el viento las azotaba, y se deslizaban por la parte trasera hacia el profundo canal entre las olas donde el viento giraba y se arremolinaba.

El relámpago saltaba de nube en nube y golpeaba el mar a su alrededor, mientras el trueno ensordecedor los asaltaba por todos lados.

Los hombres y las mujeres lucharon durante horas con sus remos para mantener los botes apuntando hacia las olas. Nunca tuvieron un descanso para comer o beber. Por turnos, achicaron el agua de mar que constantemente amenazaba con inundar sus frágiles embarcaciones. Todos estaban exhaustos; les dolía el cuerpo por la fatiga, pero ni siquiera hubo un momento de descanso.

Un relámpago serpenteó por debajo de las nubes de tormenta, provocando un trueno instantáneo.

Como golpeada por el rayo, la canoa del medio se disparó hacia arriba desde la cresta de una ola imponente y rodó cuando golpeó el agua. Las personas y los animales fueron arrojados al mar agitado, mientras que algunos se hundieron con el bote volcado.

Las dos cuerdas se tensaron cuando la canoa cayó, tirando de los otros dos botes hacia ella.

Akela agarró su cuchillo, e incluso cuando hombres y mujeres con niños agarrados de sus brazos se arrastraban a lo largo de la cuerda hacia él, comenzó a cortarla. Si no la soltaba, la canoa del medio los derribaría a todos.

Kalei, en la tercera canoa, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo cuando su bote fue arrastrado hacia el bote del medio que se hundía. Intentó desatar la cuerda, pero el nudo mojado estaba demasiado apretado. Cogió su cuchillo y comenzó a cortar la cuerda.

La gente que se aferraba a la cuerda le gritó a Akela cuando su cuchillo de piedra cortó las fibras mojadas. Finalmente, se abrió paso, y la cuerda apretada se soltó, dejando a la gente nadando frenéticamente, tratando de llegar a los dos botes restantes.

Akela se quedó parada por un momento, congelada por el terror por lo que había hecho.

Hiwa Lani se zambulló en el agua y nadó hacia una mujer que intentaba nadar hacia el bote mientras sostenía la cabeza de dos niños sobre el agua.

Akela dejó caer su cuchillo y se zambulló en el mar embravecido.

Juntos, Hiwa Lani y la mujer llevaron a los dos niños a la canoa. La madre se subió al bote y Hiwa Lani empujó a los niños hacia ella. Hiwa Lani buscó a otros en el agua.

Akela agarró a un niño de los brazos de la madre y lo colocó de espaldas. "¡Agárrate fuerte, Mikola!" Akela gritó mientras nadaba hacia su canoa.

Mikola envolvió sus brazos alrededor del cuello de Akela y se sostuvo.

La gente en las dos canoas remaba de lado, acercándolas a las del agua.

Akela empujó al niño a los brazos que esperaban de una mujer en la canoa y sintonizó para nadar hacia una niña mientras luchaba contra el fuerte viento y las olas.

Las dos canoas ahora estaban juntas sobre la canoa hundida. Con la tormenta todavía furiosa, era imposible saber cuántos de los dieciocho adultos y niños del bote del medio habían sido sacados del agua.

Akela paseó el agua y miró a su alrededor, buscando a alguien que aún estuviera en el agua.

Hiwa Lani nadó hacia él. "No veo más gente", gritó a través del viento aullante.

"Tampoco yo."

Mientras los dos subían a la cresta de la próxima ola, continuaron buscando en las aguas a otras víctimas. Con cada destello de un rayo, exploraban el remolino del mar.

Fue entonces cuando Akela vio a una mujer en su canoa, gritando y agitando los brazos. El sonido de su voz fue arrancado por el viento, pero él pudo ver que ella estaba agitada por algo. Señaló el agua y gritó frenéticamente. Los otros en el bote gritaron y señalaron el agua.

"¡Hay alguien ahí abajo!" Gritó Hiwa Lani.

Ambos respiraron profundo y se lanzaron bajo las olas.

El constante relámpago de arriba proyectaba un misterioso resplandor verdoso en el agua. En esa luz fantasmal y pulsante, Akela vio la canoa volcada a tres metros debajo de ellos, hundiéndose lentamente. Hizo un gesto a Hiwa Lani, y ella asintió.

Nadaron hacia la canoa y fueron debajo de ella.

Debajo del bote, Akela vio las piernas de una niña sacudiendo el agua. Podía ver que estaba enredada en las cuerdas. Nadó hacia ella y luego a su lado. Su cabeza apareció en una pequeña bolsa de aire atrapada por la canoa volcada. En el parpadeante resplandor verde, pudo ver el terror en sus ojos, así como en los ojos del lechón que sostenía en sus brazos.

La niña agarró a Akela por el cuello. "Akela, sabía que vendrías a salvarme".

Hiwa Lani se acercó a ellos. Ella tragó aire y miró de uno a otro, con los ojos muy abiertos. Ella sonrió.

"Lekia Moi", tomó otro aliento, "¿qué te he dicho acerca de jugar con tu cerdo debajo de los barcos?"

La niña de ocho años se rió y liberó un brazo para abrazarla. "Te amo, Hiwa Lani".

La canoa gimió y se movió hacia un lado.

El lechón chilló, y los demás miraron hacia la parte inferior del bote mientras se movía de lado; su burbuja de aire pronto escaparía por el costado del bote basculante.

"Si vamos al fondo del mar", dijo Hiwa Lani, "no me amarás tanto".

"Toma tres respiraciones profundas, Lekia Moi", dijo Akela, "entonces debemos regresar a la tormenta".

Lekia Moi comenzó a respirar profundamente.

Hiwa Lani liberó a la niña de las cuerdas y echó agua en la cara del cerdo para que sostuviera el aliento. Empujó al cerdo hacia abajo y más allá del borde del bote.

"¿Listo?" Akela preguntó.

"Sí", dijo la chica, y se agacharon. Con Akela y Hiwa Lani pastoreando a la niña entre ellos, pronto aparecieron entre el viento aullante y la lluvia.

Estaban a veinte yardas de las dos canoas restantes, que ahora estaban atadas juntas.

Akela vio al cochinito que avanzaba furiosamente hacia las canoas y más allá del cerdo, pudo ver a la madre de la niña agitando los brazos y gritando de alegría al ver a su hija.

Uno de los jóvenes en el bote agarró el extremo de una cuerda y se zambulló en el agua. Se acercó al lechón. Metió el cerdo debajo de su brazo mientras los otros los llevaban de vuelta al bote.

Akela movió a Lekia Moi a su espalda y avanzó hacia las canoas, con Hiwa Lani nadando a su lado.

Capítulo Siete

Periodo de tiempo: 31 de enero de 1944. Invasión estadounidense de la isla Kwajalein, en el Pacífico Sur

El fuego de las ametralladoras japonesas astilló la parte superior del tronco, enviando astillas y corteza volando.

Martin se arrastró hasta el final del tronco, se quitó el casco y echó un rápido vistazo. Echó la cabeza hacia atrás. "¡Tres tanques!" Se arrastró hacia Duffy y Keesler. "Hay tres de esos hijos de puta que vienen a por nosotros". Se puso el casco y se abrochó la correa debajo de la barbilla.

El ruido rítmico de las orugas del tanque se acercaba.

Martin echó otro vistazo y se agachó. "Veinte yardas", susurró. Miró salvajemente a su alrededor, pero no tenían a dónde ir.

Echó un vistazo por encima del tronco de nuevo. Los tanques estaban tan cerca ahora que estaba debajo de la línea de visión de los artilleros. Los tanques de izquierda y derecha perderían su ubicación, pero el tanque central se dirigió directamente hacia ellos.

"¡Mierda!"

Miró a los otros dos hombres. Duffy estaba acostado a su lado, y Keesler estaba al otro lado de Duffy, sosteniéndole el costado, donde la sangre empapaba su camisa.

"¿Qué vamos a hacer?" Preguntó Duffy.

Martin alcanzó el hombro de Keesler y lo atrajo hacia sí. Miró el tanque, luego se deslizó un poco a su izquierda. Atrajo a los dos hombres hacia él.

"Baja la cabeza".

Un momento después, las orugas del tanque crujieron sobre el tronco y se detuvieron. El conductor adentro aceleró el motor, y el tanque se tambaleó hacia adelante, sobre la ubicación.

Keesler gritó cuando el tanque se alzó sobre ellos.

El tronco comenzó a astillarse cuando los tres hombres se apretaron juntos, presionándose contra la tierra.

De repente, el tanque se inclinó hacia adelante, y miraron hacia el vientre grasiento de la bestia metálica, a solo centímetros de sus cabezas.

El tronco gimió cuando el pesado tanque presionó y continuó arrastrándose hacia adelante, a horcajadas sobre los tres hombres.

Finalmente, el tanque pasó y los dejó en una nube de maloliente escape de diesel.

"¡Dios mío!" Dijo Duffy. "¿Acabamos de ser atropellados por un tanque?"

"Sí", dijo Martin.

Observaron cómo los tanques avanzaban hacia un pequeño barranco y luego daban media vuelta a la derecha.

"¿A dónde van ellos?" Martin susurró.

"¿A quién le importa?" Dijo Keesler. "Mientras no vuelvan de esta manera".

Los tanques se alinearon y se detuvieron a unos cincuenta metros de distancia. Balancearon sus torretas ligeramente a la derecha.

Aparentemente, estaban en contacto por radio entre sí, porque sus movimientos estaban coordinados.

"Nuestros muchachos están allá abajo en alguna parte", dijo Martin.

Un momento después, los tanques abrieron fuego con sus cañones de setenta y cinco mm.

Los tres hombres vieron cómo los proyectiles golpeaban un búnker de concreto a cien metros de distancia.

Oyeron un grito, luego un soldado salió corriendo del búnker.

"Hey", dijo Duffy, "¡es uno de los nuestros!"

Un artillero en uno de los tanques derribó al soldado.

"¡Hijo de puta!" Gritó Keesler.

Los tanques se abrieron de nuevo con sus setenta y cinco.

"Han atrapado a nuestros muchachos allí", dijo Duffy.

"Y los están haciendo pedazos", dijo Keesler.

Martin agarró las granadas de mano que colgaban de las correas de los hombros de Duffy.

"¿Qué demonios estás haciendo?" Preguntó Duffy.

"Voy a ver si puedo frenarlos".

"Te cortarán en pedazos", dijo Keesler.

"Si lo sé."

"Aquí." Duffy sacó la mochila de debajo de su cabeza.

"Necesitarás esto".

"¿Qué es?" Martin preguntó.

"Carga de mochila."

"¿Cómo funciona?" Martin tomó el paquete y lo examinó.

"Empújalo en un lugar apretado debajo del tanque, extiende este cable mientras te alejas de él".

"¿Cuán lejos?"

"Al menos a veinte yardas de distancia, o detrás de uno de los otros tanques. Luego tira del cordón y ella volará por las nubes".

"¿Qué hay adentro?"

"Dos libras de TNT".

"Muy bien."

Martin metió las cuatro granadas en su mochila médica, deslizó la correa de la mochila sobre su hombro y corrió hacia los tanques.

Se dejó caer al suelo junto al primer tanque, esperando que disparara su cañón.

Tan pronto como se disparó el arma, Martin saltó al tanque, sacó laanilla de una de sus granadas y laarrojó dentro del cañón del arma.

Saltó al suelo y corrió hacia la parte trasera del segundo tanque.

La granada explotó, partiendo el cañón del arma del primer tanque.

Martin se arrastró debajo del segundo tanque, introdujo la carga de la mochila en el espacio por encima de la banda de rodamiento y salió, atando el cordón del detonador en el suelo.

Un soldado japonés en el primer tanque abrió la escotilla y se paró en la abertura, mirando a su alrededor.

"Él va a ver a Martin", dijo Keesler.

Duffy buscó su rifle. Lo vio, a diez metros de distancia, pero uno de los tanques lo había atropellado. Tomó la .45 de Keesler de la funda.

"¿Qué estás haciendo?" Gritó Keesler.

El soldado japonés vio a Martin y levantó su pistola.

"Voy a llamar su atención", dijo Duffy.

"¡Entonces nos disparará!"

"Bueno, supongo que es mejor que encuentres algo de cobertura".

Duffy disparó al soldado japonés. Su bala sonó en la torreta.

El soldado japonés se dio la vuelta, disparando mientras giraba.

Martin giró la cabeza hacia el sonido de los disparos. Vio a Keesler arrastrarse sobre el tronco y luego alcanzar a Duffy para ayudarlo a subir.

Martin desenrolló el cordón del detonador mientras se arrastraba detrás del tercer tanque.

El soldado japonés saltó al suelo, buscando a Martin.

Cuando tiró del cordón del detonador, la explosión sacudió la tierra, levantó el tanque del suelo y lo incendió. La conmoción cerebral hizo volar al soldado japonés a través del claro y al costado de una roca.

Martin escuchó que el tanque se abrió por encima de él. Sacó

las anillas de las tres granadas restantes y las hizo rodar debajo del tanque. Tenía cinco segundos para escapar.

Dio un salto para correr, pero el soldado en la parte superior del tanque disparó, hiriendo a Martin en la pierna derecha. Se cayó, se puso de pie, pero volvió a caer. Intentó arrastrarse lejos.

Lo último que escuchó fueron las tres granadas explotando en rápida sucesión.

Capítulo Ocho

Estaba casi oscuro cuando Donovan terminó y guardó sus herramientas.

Los Wickersham salieron a revisar su trabajo y quedaron bastante satisfechos. La Sra. Wickersham le envió un cheque a Donovan por \$ 1,500.

"Muchas gracias." Donovan guardó el cheque en su billetera. Sacó algunas tarjetas de visita. *No, las equivocadas*. Las guardó y tomó seis de una tarjeta diferente y se la dio al Sr. Wickersham. "Por favor, hágamelo de tus amigos".

"Estaré feliz de hacerlo". El señor Wickersham extendió la mano para estrecharle la mano.

La señora Wickersham bajó el teléfono y le estrechó la mano a Donovan. "Acabo de darte cinco estrellas felices en Facebook".

"Gracias, señora Wickersham, y no se olvide, tiene una garantía de por vida. Si algo sale mal, solo llámame".

Cuando regresó a su camioneta, sacó su iPhone para llamar a Sandia.

"Hola."

"¿Sandia?"

"Donovan O'Fallon. Me gusta escucharte.

"¿De Verdad?"

"Si. Tuve dos Excedrin hace muy poco tiempo. No masticados.

Él rió. "Bueno. Y no más de cuatro al día.

"Sí, dijiste esto".

"Um, ¿crees que podría llevar a tu abuelo a cenar esta noche?"

"¿Abuelo?"

"Si."

La línea estaba en silencio.

"¿Sandia? ¿Estás ahí?"

"Podría ir, solo por ayuda con el abuelo".

"Hummm, no lo sé".

"No como demasiado".

"Bueno, en ese caso, está bien".

Cuando Donovan condujo a su casa para buscar su Buick, silbó, *En algún lugar sobre el Arco Iris.*

* * * * *

El Café Sabrina, cerca del Museo de Arte en la calle Callowhill en el centro de Filadelfia, era un restaurante familiar con precios razonables.

Encontraron una cabina junto a las grandes ventanas delanteras, luego una alegre camarera les entregó los menús. "Nancy" estaba escrito a mano en su etiqueta, seguido de una cara sonriente con bigotes de gatito. "Ya vuelvo". Era una joven robusta con el pelo rojo y unas mil pecas.

El abuelo y Sandia se sentaron en el lado opuesto de la mesa de Donovan. Ambos estudiaron sus menús, pero él ya sabía lo que quería.

Nancy regresó y se paró al final de la mesa, sonriendo.

Donovan pudo ver que Sandia estaba teniendo problemas con el menú y la camarera la estaba poniendo nerviosa. No era que Nancy fuera agresiva, era solo que Sandia no sabía cómo manejar la situación.

Donovan miró de Sandia al abuelo Martin. *Probablemente no le importa lo que le sirvan, siempre que sea comida caliente.*

Después de un momento, Donovan dijo: "Creo que tomaré el pollo con miel".

"Eso para mí también". Sandia le entregó su menú a la camarera.

El señor Martin le entregó su menú.

"Prepara esos tres pollos con miel", dijo Donovan.

La camarera tomó notas en su cuaderno. "¿Quieres puré de papas o al horno?" Ella miró a Sandia.

"Te gusta el puré de papas, ¿verdad?" Donovan le preguntó a Sandia.

Ella asintió.

"Lo mismo para los tres", dijo Donovan.

"¿Maíz, brócoli o guisantes?" Nancy le preguntó a Donovan.

"Chícharos."

"¿Y qué para beber?"

"¿A ti y a tu abuelo les gusta el té helado?" Donovan preguntó.

"Sí."

"Está bien, dulce té helado", dijo Donovan a la camarera.

"Está bien", dijo Nancy. "Traeré algunos aperitivos para ustedes".

Cuando la camarera los dejó, Sandia susurró: "Gracias".

Nancy regresó con sus bebidas, y una canasta cubierta llena de tartaletas de queso de tocino crecientes calientes junto con un plato de palmaditas de mantequilla fría.

Donovan le tendió la canasta a Sandia para que ella tomara una tartaleta, luego hizo lo mismo por el abuelo Martin.

Después de que el viejo tomó uno, Donovan tomó uno para sí mismo, luego tomó su té helado.

"Mantequilla."

Donovan casi tira el té en su regazo. Miró con los ojos muy abiertos al abuelo. "¿Dijiste" mantequilla"?"

El viejo asintió. "Mantequilla." Apuntó su cuchillo al plato de mantequilla.

Sandia sonrió y le pasó la mantequilla al abuelo.

"Estoy muy contento de oírte decir algo". Donovan untó con mantequilla su tartaleta. "Quiero hablar con ustedes dos sobre los dolores de cabeza de Sandia".

"Está bien", dijo el abuelo mientras masticaba un bocado.

"Sandia, ¿cuánto tiempo has tenido estos dolores de cabeza?"

Ella arrugó la frente. "Siempre."

"¿Y han empeorado últimamente, tal vez en los últimos años?"

"Si."

"Tengo un amigo"

Nancy trajo su comida y se reclinaron para que ella pudiera colocar los platos delante de ellos. "Veamos", dijo, "va a ser muy

difícil recordar quién recibe qué".

Donovan se echó a reír, y Sandia también.

"Está bien", dijo Nancy, "¿más té o pan?"

"Creo que tenemos suficiente por ahora, Nancy", dijo Donovan.

"Muy bien, si me necesitan, solo silba". Con una sonrisa, Nancy se apresuró a la mesa de al lado.

Todos estuvieron en silencio por un rato mientras comían.

"Muy bien", dijo el abuelo.

"Sí", dijo Sandia, "tan bueno".

"Tengo un amigo", dijo Donovan, "que es médico. Lo llamé hoy y describí los síntomas de Sandia". Miró de uno a otro. Esperaron a que continuara. "Él piensa que deberías someterte a algunas pruebas".

"Sin dinero", dijo Sandia.

Dijo que deberíamos ir a la sala de emergencias del hospital mañana por la noche. Ahí es cuando está de servicio. No pueden rechazar a nadie, incluso si no tienen dinero o seguro".

"¿Qué son las pruebas?" ella preguntó.

"Probablemente una tomografía computarizada".

Sandia tomó un bocado de pollo y masticó por un momento.

"¿Crees que esta es una buena idea para mí?"

"Sí."

"Abuelo", dijo, "¿tú también piensas?"

"Si." Tomó un bocado de puré de papas.

"Está bien", dijo Sandia.

Después de la comida, comieron tarta de fresa para el postre.

"¿Puedo hablar con el gerente?" Donovan le preguntó a Nancy mientras ella limpiaba sus platos.

Ella se detuvo y lo miró fijamente. "¿Hice algo malo?"

Sacudió la cabeza.

"Ya vuelvo".

Pronto, un hombre bajo y rojizo con una cabeza afeitada en forma de bala se dirigió hacia su mesa con Nancy detrás de él.

"¿Qué pasa?" preguntó.

"Nada", dijo Donovan. "La comida, el servicio, el ambiente... todo es excelente".

El gerente se encogió de hombros y extendió las manos, con las palmas hacia arriba. "¿Gracias?" Obviamente no sabía a dónde iba esto, pero estaba en guardia. Fue entonces cuando notó la tarjeta de identificación en la correa para el cuello de Donovan. "Eres un reportero".

"Escribo una columna en línea donde reviso las empresas de la ciudad. Tengo más de diez mil seguidores. Con su permiso, me gustaría tomar algunas fotos y escribir un artículo para la columna de mañana".

El gerente todavía parecía un poco dudoso.

"Será una crítica positiva, cuatro campanas al menos".

Nancy trató de sofocar una risa nerviosa, pero salió como una risa incómoda. Ella presionó sus dedos contra sus labios. "Lo siento."

"Bueno, entonces", dijo el gerente, "sí, por supuesto".

"Si a Nancy no le importa, me gustaría una foto de ella, siendo ella misma alegre mientras sirve a los clientes. Una camarera amable hace toda la diferencia en la experiencia gastronómica".

El gerente miró a Nancy por un momento, con el ceño arrugado.

"¿Si puedo ir a arreglar mi cabello?" Nancy se colocó un rizo rojo sobre la oreja y miró de su jefe a Donovan.

Donovan recogió su maletín para sacar su Canon.

* * * * *

Cuando Donovan se llevó a Sandia y a su abuelo a casa a las diez, se sintió perturbado o en conflicto. Algo le molestaba, pero no podía señalar qué estaba mal.

Sandia abrió la puerta principal y el abuelo entró. Se detuvo en el escalón sobre Donovan, sonriendo.

"Bueno", dijo, "creo que debería..."

"¿Quieres entrar?"

Oh, dios, sí. Quiero entrar, sentarme a tus pies y mirar esos hermosos ojos azules por el resto de mi vida. "Ya es tarde." Sabía que no había nada en su casa para el desayuno. Sabía que su dolor de cabeza volvería. El abuelo parecía racional en ese momento, pero si algo le sucedía a Sandia, ¿era capaz de cuidarla? El viejo podría volver a estar en estado de shock, como lo hizo cuando recibió esa carta del Vice Almirante.

Solo habían pasado once horas desde que ella le abrió la puerta esa mañana, y él ya estaba tan envuelto en su vida que le resultó difícil alejarse.

Ella esperó en silencio, sonriendo.

Si entraba ahora, sabía que pasaría la noche, probablemente durmiendo en el sofá o hablando con ella por el resto de la noche. O tal vez hacer algo impulsivo y estúpido. No, tenía que ser fuerte. "Realmente debo irme".

"Gracias, Donovan".

"Traeré el desayuno por la mañana, si está bien".

Ella asintió

Se apresuró por el camino hacia su Buick, luego miró hacia atrás y vio que ella lo miraba.

Capítulo Nueve

Período de Tiempo: 1623 a. C., en el mar en el Pacífico Sur

No había amanecer, solo la apagada aparición gris plomo de nubes bajas que se arrastraban ante un fuerte viento del oeste. Una lluvia fría golpeó a la gente de Babatana mientras continuaban luchando contra el tormentoso mar. El corazón de la tormenta se había alejado hacia el este, pero aún podían escuchar los gruñidos distantes del trueno.

Tomó toda su fuerza para mantener las proas de sus barcos enfrentada a las olas que se aproximaban de entre quince y veinte pies de altura.

Hiwa Lani se sentó con los niños y los animales en el centro de una de las plataformas mientras las otras mujeres y hombres tripulaban los remos para mantener las canoas de frente en las espumosas olas.

Su techo de hojas de palma con techo de paja se había volado durante la noche, pero Hiwa Lani mantuvo a los niños juntos en un círculo alrededor de los animales.

"Agárrense firmemente de las cuerdas y entre sí", dijo Hiwa Lani, "la tormenta pronto terminará". Ella trató de mantener su voz firme y tranquilizadora, pero estaba tan aterrorizada como los niños.

Las dos canoas ahora estaban atadas juntas, evitando que fuesen arrancadas una de la otra.

Lentamente, durante un período de horas, las olas disminuyeron y, a media tarde, el sol atravesó las nubes para iluminar la pequeña flotilla y darle a Akela la oportunidad de inventariar el daño.

Habían perdido una canoa junto con todas las plantas y la mayoría de los animales en ese bote. El mástil del barco de Kalei, los techos de ambos barcos y gran parte de los aparejos habían desaparecido. Sin embargo, la pérdida de vidas de las dos canoas restantes se limitaba a un cerdo llamado Cachu, que había sido arrastrado por la borda durante la noche de tormenta.

Estaban exhaustos, pero al menos todos habían sobrevivido.

Fregata, el ave fragata, aunque empapada de agua de mar y luciendo miserable en su jaula, todavía estaba viva.

Agradecieron a Tangaroa, dios del mar, por mantener a salvo a toda la gente de Babatana durante la larga noche de tormenta.

El viento los había llevado muy lejos al este de su curso y hasta que el mar se estabilizara a su ritmo normal, Akela no podía leer los bajos y las olas para orientarse.

Después de hacer las reparaciones y de haber comido bien, Akela soltó al ave fragata, y todos la vieron en espiral en lo alto mientras cabalgaba el viento del oeste. Cuando era poco más que una mota marrón contra el cielo azul, se dirigió hacia el norte y voló hacia el horizonte.

Akela estableció una ruta hacia el norte, siguiendo a Fregata. La fragata pronto estaría fuera de la vista, pero Akela podría usar la posición del sol para mantener su rumbo.

Al caer la noche, el pájaro no había regresado, por lo que Akela continuó hacia el norte. Al anochecer y durante toda la noche, observó a las estrellas mantener una línea recta.

El pájaro aún no había regresado al amanecer. Los espíritus de todos se levantaron cuando se hizo evidente que la fragata había encontrado un lugar para aterrizar.

Poco después del mediodía, Akela le gritó a su esposa: "¡Karika, mira esas nubes!"

Ella sombreó sus ojos y miró hacia el norte, donde él señaló. "Um, esas son nubes muy bonitas, Akela".

¿Ves cómo los fondos de las nubes son de color claro? Están sobre aguas poco profundas, tal vez cerca de una playa".

"Ah, sí, Akela. Ahora veo eso."

"De esa manera, Metoa", gritó Akela al hombre en la popa. "Guíanos de esa manera. Todos los demás, tomen sus remos." Akela agarró su propia pala y comenzó a tirar con fuerza contra el agua.

La pequeña Tevita trepó a la mitad del mástil para tener una mejor vista del mar que tenía por delante. "¡Árboles, papá!" ella gritó: "Veo árboles".

Akela se puso de pie. "¡Si! Los veo, Tevita. Se sentó de nuevo y acarició su remo aún más fuerte que antes.

No pasó mucho tiempo antes de que una isla apareciera a la vista. Al principio, parecía ser solo un pequeño atolón, pero a medida que se acercaban, podían ver que se curvaba hacia el este y el oeste, y solo veían un promontorio de una gran isla.

Cuando estaban a cien yardas de la costa, Akela levantó la mano para evitar que los demás remaran. "Ahora veamos si otras personas viven aquí".

Permanecieron sentados durante un rato, lentamente a la deriva paralela a la playa de arena donde enormes palmeras proyectaban una sombra acogedora a lo largo de la línea de la marea alta.

La joven doncella, Hiwa Lani, se levantó y se cubrió los ojos mientras ella también escaneaba la playa, en busca de cualquier signo de movimiento.

Akela sabía que su gente estaba ansiosa por desembarcar y caminar por tierra firme por primera vez en dos meses, pero no quería que se encontraran con una tribu hostil que no aceptaría amablemente a cuarenta recién llegados que invadían su isla.

Akela y Metoa desataron los dos botes el uno del otro mientras vigilaban la orilla.

Después de veinte minutos y sin señales de movimiento en la playa, Akela les indicó que entraran.

Podían ver los interruptores delante de ellos y sabían que iban a dar un paseo duro, pero nada como la tormenta de la noche anterior.

Manteniendo sus arcos apuntando hacia la orilla, surfearon a través de los rompeolas y se deslizaron hacia una pequeña cala tallada en la playa. Tenía tal vez cien yardas de ancho y se formaba en un semicírculo casi perfecto. Aterrizaron en arena blanca y fina en polvo.

“Papá, mira allí”, dijo Tevita, “hermosos árboles de flores. Necesitamos elegir algunos para nuestro lei de bienvenida.

“Quédate cerca.” Akela seguía vigilando la hilera de árboles.

No hubo protestas de Tevita o de los otros niños, ya que ellos también miraban los árboles.

Akela los condujo por la playa y les dijo que se mantuvieran alertas y que estuvieran listos para defenderse.

Después de un rato caminaron hacia los árboles, buscando senderos. Dentro de la gruesa línea de palmeras, se detuvieron, escuchando sonidos inusuales y buscando cualquier tipo de estructura hecha por el hombre.

Al no encontrar rastros, se adentraron en el bosque. Vieron muchas especies de pájaros y mariposas, pero no hay señales de personas ni de nada hecho por el hombre. Cuando llegaron al otro lado de la isla, pudieron ver que estaba formada en forma de boomerang roto que encerraba una gran laguna de agua azul pálido.

Entremezclados con las palmeras de coco y esparcidos a lo largo de los bordes de la laguna había más árboles en flor con flores de cuatro pétalos blancos como la nieve.

Caminando por la playa de arena de la laguna, pronto llegaron a una gran roca de coral que se había lavado en tierra en una tormenta antigua. En lo alto de la roca, vieron a su fragata, tomando el sol y acicalando sus plumas.

“¡Mira allí!” Tevita señaló el borde del bosque.

De pie en la hierba, masticando despreocupadamente una

rama de flores blancas estaba Cachu, el cerdo que se había lavado por la borda durante la tormenta. Él ignoró intencionadamente a la gente mientras mordía otra ramita.

"Esta es una buena señal", dijo Akela mientras los demás se reunían a su alrededor. "Los dioses nos han llevado a nuestro nuevo hogar. Llamaremos a este lugar Kwajalein, el Lugar del Árbol de la Flor Blanca.

Hiwa Lani y los niños recogieron flores de los árboles de flores blancas, luego las ensartaron en leis de bienvenida para toda la gente, y también una para Cachu.

Todos se arrodillaron en la arena y dieron gracias a Tangaroa, dios del mar, Tawhiri, dios del viento y las tormentas, y Pelé, diosa del fuego.

La gente de Babatana había dejado a los otros animales atados en los botes mientras exploraban la isla.

Después de estar seguros de que no había animales depredadores o personas en la isla, descargaron los cerdos, los perros y las gallinas para dejarlos correr libremente.

No encontraron ninguna fuente de agua dulce, por lo que tendrían que recolectar agua de lluvia, pero estaban acostumbrados a eso.

Cientos de cocoteros y robles cubrían la isla, pero Akela sabía que tenían que cuidar celosamente los árboles, asegurándose de no cortar más de lo que la isla podía reproducir. Una isla estéril pronto se convertiría en una desolada.

La gran laguna estaba casi completamente cerrada por la

isla. Las tranquilas aguas cerúleas contenían muchos tipos de peces comestibles, incluidos los corredores del arco iris, los peces mariposa y las espinas. También había abundancia de cangrejos, ostras, almejas y langostas.

Esa primera noche, Akela encendió fuego con sus pedernales y prepararon una comida caliente por primera vez en más de dos meses. Todos estaban hartos de pescado crudo, pero eran reacios a matar a cualquiera de los cerdos hasta que aumentaran su número. Entonces las mujeres asaron cuatro pargos rojos grandes en planchas sobre el fuego mientras los niños recogían una canasta tejida llena de almejas para hornear en las brasas. También hornearon fruta del pan y taro. Mientras las mujeres cocinaban, los hombres construyeron refugios temporales para pasar la noche.

Mientras se sentaban alrededor del fuego comiendo y hablando, consideraron dónde podrían construir sus chozas permanentes y plantar la fruta del pan y el taro. También hablaron de construir dos docenas de canoas más. Estas se colocarían a lo largo de la playa sobre la línea de la marea alta. Cualquier migrante que pasara vería todas las canoas y pensaría que la isla ya estaba muy poblada, y pasarían para encontrar otra isla para vivir.

* * * * *

A la mañana siguiente se despertaron con el sonido de los trópicos cantando en los robles y las gaviotas marrones que trabajan en la costa en busca de pequeños peces y crustáceos.

Después del desayuno, caminaron a lo largo de la isla y en el extremo occidental, vieron otra isla a poca distancia. Más tarde, cuando se estableció el pueblo, tomarían las canoas y explorarían la otra isla.

Habían perdido varios animales cuando la canoa del medio se hundió durante la tormenta, pero todavía tenían catorce cerdos más veintitrés gallinas y dos perros.

No encontraron serpientes u otros depredadores en la isla, por lo que los pollos se multiplicarían rápidamente y pronto proporcionarían un suministro de carne y huevos. Los cerdos tardarían más en aumentar su número.

A partir del tamaño de Kwajalein y los abundantes árboles y otras plantas, Akela calculó que la isla podría soportar hasta cuatrocientas personas.

"Eso significa", dijo Akela a su esposa, Karika, mientras yacían juntos en sus colchonetas para dormir, "nuestros nietos tendrán que planear enviar personas para encontrar nuevas islas para la creciente población".

Karika se volvió y apoyó la cabeza en su mano. "Y eso significa que tendrás que enseñarle a tu nieto a navegar por el mar". Ella le sonrió a su esposo.

"Para entonces seré demasiado viejo para caminar hasta el mar".

"Entonces quizás deberías enseñarle las habilidades de navegación a tu hijo".

"Pero no tengo un"

Ella detuvo sus palabras con un beso y se acurrucó más cerca de él.

Capítulo Diez

A la medianoche, Donovan, Sandia y el abuelo Martin se sentaron en la concurrida sala de espera de emergencias en el Centro Médico Einstein en Old York Road.

Donovan alquiló una silla de ruedas más temprano en el día y Sandia había empujado al abuelo al hospital.

Esperaron casi una hora antes de ver a la enfermera de triaje.

Cuando la enfermera le preguntó al Sr. Martin si él era la parte responsable, él le dio su nombre, rango y número de serie.

"Es un veterano de la Segunda Guerra Mundial", dijo Donovan, "y tiene un problema temporal con las comunicaciones verbales".

"Está bien", dijo ella, "obtengamos la información de Sandia, luego volveremos a la parte financiera".

Después de que la enfermera escuchó todos los detalles de la condición de Sandia, le asignó a Sandia una prioridad emergente de nivel dos.

Durante este proceso, Donovan supo que se llamaba Sandia Ebadon McAllister, tenía veintiún años, nunca se había casado, no tenía hijos y su educación se había detenido a los ocho años. La desaparición de sus padres parece haber coincidido con el final de sus estudios.

"¿Qué tan pronto verá a un médico?" Preguntó Donovan.

"Muy pronto. No tenemos ningún nivel uno o dos en la sala

de espera. Ahora, necesito obtener la información de su seguro".

"Ella no tiene seguro".

"¿Situación financiera?"

"Su familia no tiene dinero".

"¿Se ha inscrito para recibir atención médica asequible?"

"¿Obamacare?" Donovan miró a Sandia.

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

"No", dijo Donovan.

"Vaya a la oficina de finanzas, justo al final del pasillo. Maggie comenzará su inscripción en Affordable Health Care y Medicaid. La llamaremos por el parlante cuando el médico esté listo para verla".

* * * * *

Maggie acababa de comenzar a ingresar la información en el sitio web de Affordable Health Care cuando se llamó a Sandia por el parlante.

"Si vuelves aquí", dijo Maggie, "terminaremos esto después del examen de Sandia".

"Está bien", dijo Donovan.

"Solo ve por el pasillo a tu derecha. Sala de examen cuatro.

* * * * *

Donovan miró alrededor de la sala de examen estéril, luego estacionó la silla de ruedas del Sr. Martin al lado de un fregadero de porcelana brillante con palancas en lugar de grifos.

Una mujer joven con una chaqueta blanca de laboratorio entró en la habitación.

Donovan la observó estudiar el formulario en su portapapeles. Sin reconocer la presencia de nadie, pasó a la segunda página.

Ella era delgada y encantadora. Su cabello color caramelo estaba muy corto y peinado como el de un niño. Era atractiva en una especie de secretaria de oficina con ojos de azul celeste que podrían haber sido cincelados desde el glaciar Mendenhall. Un estetoscopio sobresalía del bolsillo de su chaqueta de laboratorio.

Donovan pensó que parecía una niña de secundaria.

Miró a Donovan y al señor Martin, luego su mirada se posó en Sandia.

Donovan no podía estar seguro, pero parecía que los ojos glaciales de la mujer se calentaron al azul mediterráneo.

La mujer se dio la vuelta, colocó el portapapeles sobre la encimera y pisó la palanca de agua caliente. Se lavó las manos durante lo que pareció un tiempo excesivo usando aproximadamente dos cucharadas de jabón antibacteriano. Después de sacudirse el agua de las manos, las agitó debajo de una caja de metal gris montada en la pared. La caja chirrió como asustada y escupió una larga toalla de papel marrón.

Después de secarse las manos, fue a Sandia, donde se paró junto a su abuelo. "Soy Grace". Ella extendió la mano.

Sandia miró la mano extendida.

Espero que entienda que Sandia no está siendo esnob. Es solo que ella no tiene habilidades sociales. Me pregunto ¿por qué es así?

Después de no obtener una respuesta, Grace tomó el brazo de

Sandia, justo por encima de su codo, y la guió hacia la mesa de examen. "Siéntate aquí, por favor".

Sandia se sentó en la mesa, se echó hacia atrás y se ajustó la falda marrón sobre las rodillas.

Cuando Grace sacó el estetoscopio del bolsillo de su chaqueta, Donovan vio que miraba la mano izquierda de Sandia y luego la suya.

"¿Dónde duele?" Grace le habló a Sandia mientras escuchaba su corazón con el estetoscopio.

"Aquí." Sandia tocó el centro de su frente y movió los dedos hacia la sien izquierda.

Grace se quitó el estetoscopio de las orejas y lo dejó colgar de su cuello. "¿Qué tal aquí?" Tocó la parte superior de la cabeza de Sandia.

"Algunas veces."

"¿Tienes náuseas por las mañanas?"

Sandia miró a Donovan.

"Enferma del estómago", dijo.

Ella asintió y Grace escribió en su portapapeles.

"Disculpe, Grace", dijo Donovan.

Ella levantó una ceja.

"¿Cuándo estará el doctor aquí?"

"Señor. Martín"

"No soy el Sr. Martin".

"¿No eres el hermano de Sandia?"

"No."

"¿Tío?"

"No."

"¿Un pariente de algún tipo?"

"No."

Echó un vistazo a la identificación de prensa que colgaba de la correa azul y roja alrededor de su cuello. "¿Quién eres tú?"

"Soy Donovan O'Fallon".

El portapapeles resonó en la encimera. "Entonces tendrás que esperar afuera".

"Pero"

Ella señaló la puerta.

Antes de salir de la habitación, miró a Sandia para ver una expresión de aprensión. Trató de tranquilizarla con una sonrisa.

Cuando abrió la puerta, Grace lo detuvo. "Señor. O'Fallon".

"¿Si?"

"Soy neurocirujano".

"Oh..." *Abra la boca, inserte el pie.* "E-está bien, lo siento. Estaré en la sala de espera si me necesita".

"Correcto."

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.